

CITA SECRETA EN BÉJAR

Fabián, J.F.

En la noche de la cita secreta, un sábado, en Béjar el verano ya se había consolidado plenamente como estación, aunque los moteros, con su ruido infernal, no habían estado todavía por allí. Pero vendrían pronto. Las terrazas de los bares del centro a tope, la gente en los balcones al fresco y la calle Gerona y la Libertad como una feria: ese ambiente de distensión que a finales de Julio habita en el aire de Béjar.

Demasiada gente en la calle Gerona y en la Libertad. Demasiado ruido. Mucho para dormir dentro de una casa en esa zona. Legiones de jovencitos en pandillas de un lado para otro, vestimentas, peinados y olores de sábado, veraneantes con conciencia de rompedores, el del coche a toda máquina, ventanilla bajada y un pum-pum-pum atronador queriendo hacer creer que es el primer coche con radio-casette de la Historia, o uno de los pocos. Un muchachito rompiendo un vaso contra el suelo convencido del impacto arrollador de su acción para la masa. Dos jovencitas con caras de estar buscando o espiando de bar en bar a alguien. Grupos bebiendo y mirando a la puerta de bares. Besos que parecen interminables con el umbral de una puerta como asiento. Gente joven para arriba y para abajo incesantemente. Un adolescente con vocación de veinteañero queriendo echar lo que le sobra en una esquina, -¡el pobre!- creyéndose morir por momentos al lado de un amigo solidario. Bocanadas de música, como eructos monstruosos, que salen de algún garito y que no dejarán dormir al vecindario en muchos portales a la redonda (pobre gente ésta). Y pequeños grupos con vocaciones más tranquilas que visitan el fenómeno desde fuera, lo transitan de pasada y se quedan, después, con lo más tranquilo. Así.

Marta y Joaquín se habían conocido veinte años atrás en Galerías Preciados de Callao. Rebasaban por poco la veintena. Transcurría la mitad de los años setenta, Franco estaba a punto de palmar, aunque

ellos por entonces eran indiferentes a eso. El parque de la Montaña, el de la Fuente del Berro, una pensión en Duque de Medinaceli, el piso de un compañero en La Elipa y minutos o más bien segundos, inolvidables y secretos en un arriesgado ascensor del trabajo, fueron bagaje de presente y de futuro para toda la vida. Pero era mucho, porque jamás olvidaron aquel tiempo, aquel ambiente y lo que, sin concretar demasiado, llegaron a sentir hasta que ella tuvo que irse a vivir a Barcelona, donde la cosa de la distancia y de la juventud les separó. Pero fueron tan inteligentes que entendieron la distancia y se dedicaron con tesón a no olvidarse del todo, resurgiendo uno o el otro con el tiempo, cuando menos lo esperaban. Pasaban cinco, seis o siete años sin saberse nada el uno del otro y una mañana, de repente, pareciendo un telefónico habitual, volvían a hablarse o a escribirse y sus vidas cobraban por horas y hasta por días, el sabor de la alternativa medio imposible, inmersa en el mundo de la poesía y cercana al del sueño. En uno de aquellos espacios de distancia, pronto Joaquín conoció a Rosa y Marta a Damián en Barcelona y se olvidaron por un tiempo y cuando hablaron de nuevo ya eran hasta padres de familia los dos

, se dijeron y desde ese momento no supieron bien qué hacer, desconcertados y temerosos sin saber exactamente de qué. Cuidaron las frases lejanamente insinuantes, se mostraron dulces, tuvieron miedo y dedicaron la conversación a descifrar las posibilidades en las frases del otro, eludiendo citar a sus parejas, como si las quisieran mantener al margen de aquella otra realidad o poesía, o picor en el alma, o como se llamara aquello. Hasta que un día supieron que el destino juguetón les había casado con sendos bejaranos, que veraneaban allí en las mismas fechas, que cenaban los sábados casi en los mismos sitios y que, después de la cena, tomaban las copas en la Alquitara y el 12&23. Pero el caso era que no se habían visto nunca o, tal vez, coincidieron sin intuirse. Aquella sugerente noticia les hizo imaginar la ficción de haber estado a cuatro metros alguna vez y no haberse dado cuenta de nada. Un juego perfecto para la imaginación y para intimidad secreta.

Julio, el mes de Julio siguiente, tardó en llegar desde el Septiembre anterior que supieron lo de su coincidencia. Pero llegó y un poco

más lentamente su segunda quincena. De la emoción Joaquín volvió a fumar, después de casi un año de abstinencia. Se llamaron en Mayo y ya no más. Los dos sábados finales de Julio en la Alquitara o en el 12&23. De la una de la noche en adelante. El primero falló, no pudo ser. A pesar del empeño de ambos por salir aquella noche, las circunstancias familiares no lo hicieron posible a los dos a la vez. La fiebre de la niña pequeña en Marta y el empeño del suegro por invitarles a cenar en el hotel de Cubino, frustraron la cita. Pero el lunes y después, se buscaron por los supermercados, por el parque, por el Bar Sol a la hora de los vinos, por Llano Alto y el Castañar a las nueve, por la Fuente del Lobo cualquier atardecer, por si habían ido allí de merienda. Pero nada.

Chema Diu los conocía de vista, sabía que eran veraneantes, conocía de toda la vida a sus familias políticas, incluso, por decirlo todo, había sido medio novio de la mujer de Joaquín, a lo mejor por eso ella nunca dejaba de aparecer por allí cuando venían en el verano, o a lo mejor no, eso sólo lo sabía Rosa y nadie más. A la una y cuarto llegó Joaquín con sus cuñados, con unos amigos y con José Antonio Paso, al que le habían puesto la capa los capistas ese día por sus valores bejaranos. Hasta que no se colocó de espaldas en el rincón del servicio, Joaquín no paró. Primero se encargó de forzar la partida de una pareja que estaban allí y que terminaban ya su copa. Y luego, fingiéndose cansado, dijo que tenía que apoyarse en el rincón o se caía. Mentira. Era para controlar la entrada. Aquellos cigarros de Winston le sabían a gloria desde el momento en que esperaba en el rincón. Se bebió el primer gin-tonic sin enterarse y culpó a su mujer de habérselo bebido poco a poco por no pedirse ella uno. Cada vez que se abría la puerta le daba un latigazo el corazón y no le daba más despacio ante la costumbre de equivocarse. Si hubiera sido un poco más paciente habría disfrutado de aquellos minutos nerviosos que tenían el encanto de la espera. Pero no podía serlo y a medida que pasaban –¡despacio!- los minutos, menos aún. Chema Diu entraba y salía de la cocina del bar haciendo pócimas para los clientes sabios. José Antonio Paso se había cortado el pelo para lo de la capa y estaba mejor que con

aquellos rizos del pasado. Había el ambientillo de siempre en el 12&23.

Estaba pidiendo Joaquín que le pusieran un poco más de hielo a la segunda copa, cuando el corazón casi se le para. Lo dicho, del golpe que le dio en el pecho, casi se le para. Hay gente que ha muerto de cosas así, no es broma. Entró un tipo con perilla y una chica treintona con minifalda, con ellos Luís Rodríguez y Fabián con sus señoras y, finalmente, un muchacho alto y moreno como de cuarenta y, luego, Marta. Como si ella hubiera sabido de antemano donde estaba Joaquín, la primera mirada fue exactamente al extremo donde estaba él. (La verdad es que previamente, antes de entrar había visto que no estaba en el rincón del ventanal y sólo le quedaba ese lado). También pudo ser telepatía, a veces pasa. José Antonio Paso se acercó a ellos para hablar con Fabián y con Luis. Por un momento pareció que iban a juntarse los dos grupos. ¡Ay, Dios!. Pero no.

Ella estaba igual o hasta mejor, la encontraba él. Él un poco cambiado, aunque sin barriga ni calvo. Sería el pelo más corto, las arrugas definiendo la zona del bigote o, simplemente, los errores en las fotografías del recuerdo después de 22 años. Daba igual, era él, inconfundiblemente era él. Y ella, también era ella, no cabía ninguna duda. Pudo fumar Joaquín unos seis cigarros en aquella hora larga que duraron las copas en el bar de Chema, mirándose con disimulo y sin él, porque como nadie sabía nada. Ella, como no dejó nunca de fumar, fumó con más mesura. Aquellas noches de niebla en el Parque de la Montaña tapadas las manos y los suspiros por los abrigos, las comidas en la cama del piso que les prestaba un amigo de La Elipa en Semana Santa y Navidad, la complicidad en las escaleras mecánicas de Galerías Preciados sin que se enterara el encargado de planta... en fin. Ni un enfado, ni celos, ni nada, como de película, pero real. De nuevo, si no hubieran sido seres humanos, habrían disfrutado de aquello como se merece cualquier honda melancolía, pero fueron seres humanos, y a la vez que regurgitaban sus recuerdos, tantas cosas, tan intensas, tan depuradas, tan idealizadas, cada uno por su cuenta y a la vez de todo aquello, digo,

sufrieron creyendo que, sin haberles ido mal, con el otro tal vez les hubiera ido aún mejor. (Quien sabe. O peor. A saber).

Aquella noche, a las tres y media, cuando en la cama a Marta se le acercó Damián suavemente por detrás, en la frescura del ambiente del chalet de Navacarros, Marta le dijo acomodando la voz a su mentira: . Y no hubo más.

A todo esto ni Chema Diu, ni Leo, ni el primo de Chema Diu que estaba tomando una cerveza, ni Luís Rodríguez que es médico y algo podría saber, ni José Antonio Paso, que le habían puesto la capa, ni Fabián, ni Juanjo Estévez y su señora, ni Manolo Rivas y su novia, ni nadie, se enteraron de nada. Pero fue importante. Así es la vida. A veces sólo se enteran dos. Y vale. Para qué más. (Pues eso).